El Maipo



# El regreso del catolicismo social. Por Álvaro Ramis Olivos

Posted on Noviembre 19, 2026

León XIV aterrizó esta mañana en Fiumicino tras doce días en Uruguay, Argentina y Perú. Sus misas, vigilias y encuentros masivos reunieron hasta 10,6 millones de personas, una cifra que deja fuera a los millones que salieron a las calles a verlo pasar. En Buenos Aires celebró la misa más concurrida de su pontificado y en Lima lo despidió un millón y medio de fieles. Las cifras importan, pero importa más lo que el Papa dijo ante esas multitudes. A lo largo del viaje fue dando forma a un discurso social que solo podía salir de la tradición católica latinoamericana, y lo hizo cuando las alternativas al neoliberalismo que gobernaron la región en las últimas dos décadas han perdido buena parte de su crédito.

Robert Prevost eligió su nombre pensando en León XIII, el Papa de *Rerum novarum*. En 1891 la Iglesia respondió a la revolución industrial con una doctrina que rechazaba tanto el liberalismo económico como el colectivismo. Ciento treinta y cinco años después, su sucesor vino a América Latina a enfrentar una pregunta parecida: cómo rehacer el vínculo social cuando el mercado lo disuelve y la política lo usa como botín.

**Lo que dijo y dónde lo dijo**

El mensaje más nítido llegó en el avión de regreso. Le preguntaron por su reunión con Javier Milei y contó que hablaron del respeto a la vida, de los más necesitados, del apoyo a las pequeñas empresas y de

repartir mejor la riqueza. Mencionó además la necesidad de fortalecer a la clase media y obrera, que en Argentina lleva años perdiendo terreno. Lo dijo con calma y sin romper con un presidente con el que había compartido escenario pocos días antes. El vaticanista Javier Brocal calificó de «muy inteligente» la etapa argentina, porque el Papa planteó críticas sin provocar una ruptura. Ese modo de hablar tiene una razón explícita. León XIV atribuye la polarización a una provocación deliberada que los algoritmos amplifican, y se niega a jugar con esas reglas. Discute la agenda sin entrar en la pelea que otros le proponen.

En el Perú subió el tono. En el Gran Teatro Nacional pidió a la presidenta Keiko Fujimori tratar los hechos del pasado con justicia y sensibilidad, y cuando era obispo había respaldado la campaña por una Comisión de la Verdad. En el Callao, en la casa de las Hermanitas de los Ancianos Desamparados, dijo que el país necesita más «oasis fraternos» y menos «desiertos individualistas». La presidenta no asistió a la despedida, y en Lima nadie pasó por alto su ausencia.

El 15 de noviembre recorrió en un solo día la sierra y la selva. En Saqsaywaman, bajo la lluvia, cerca de cien mil personas participaron en un encuentro con la piedad popular. El Papa pidió que las fiestas religiosas de los pueblos andinos sirvan para reconciliar y entregó una Rosa de Oro a la Virgen de Belén, patrona del Cusco. Esa tarde celebró en Pucallpa la primera misa de un pontífice en la Amazonía peruana. Antes se reunió con delegaciones shipibo-konibo, asháninka, kukama y awajún, muchas de las cuales habían navegado días por los ríos para llegar. Allí denunció los asesinatos de líderes indígenas y la violencia sexual en la región. Al día siguiente, el diario *La República* respondió con un editorial: la tala del bosque y el abandono de las comunidades amazónicas obedecen a la misma lógica extractiva.

La homilía final, en Las Palmas, giró en torno a santo Toribio de Mogrovejo, el arzobispo del siglo XVI que recorrió a pie el virreinato, aprendió lenguas indígenas, impulsó catecismos en quechua y aimara y acusó ante el rey a los encomenderos. El Papa opuso el amor crucificado a la lógica del dominio y dejó la frase que mejor resume la gira: los pobres no pueden esperar.

**Por qué ahora**

Durante décadas el catolicismo social parecía agotado en el continente. El neoliberalismo lo redujo a beneficencia y buena parte de la izquierda buscó inspiración en otras fuentes. Si hoy recupera peso es, en buena medida, por el desgaste de los populismos que se presentaron como respuesta al ajuste.

El ciclo kirchnerista terminó con inflación crónica, pobreza estructural y un electorado tan agotado que eligió a Milei. En el Perú, Pedro Castillo prometió refundar el país y acabó en un autogolpe fallido. Venezuela se convirtió en la mayor fuente de migración forzada de América Latina. En todos esos casos se habló en nombre de la justicia social sin asumir la responsabilidad institucional que ella exige. Sin equilibrios económicos no hay redistribución que dure, y el clientelismo no reemplaza al Estado. Los pobres quedaron sin representación política, y ese vacío lo ocupó una derecha que gobierna con

motosierra.

Frente a ese cuadro, la doctrina social tiene algo propio que decir. Sostiene que la propiedad cumple una función social y que la economía existe para las personas. Valora la iniciativa privada pequeña y mediana, exige al Estado garantizar derechos y desconfía por igual del capital concentrado y del caudillo. Cuando León XIV pone en la misma frase a las pymes, a la clase media y la redistribución, describe un programa que no entra en ninguna de las trincheras actuales. Brocal lo llamó «desideologizado». La palabra puede confundir. Lo que el Papa abandona son las ideologías que ya fracasaron, no las convicciones.

**Un comunitarismo latinoamericano**

La línea que une a Francisco con León es directa. Bergoglio coordinó la redacción del documento de Aparecida en 2007 y, ya en Roma, hizo de la periferia un criterio para leer el mundo. *Laudato si'* y *Fratelli tutti* extendieron la doctrina social a la ecología integral y a la amistad social. León XIV continúa ese camino con un estilo más metódico y menos espontáneo. La exhortación *Dilexi te*, que citó en el Callao, sitúa la opción por los pobres en el centro de la vida cristiana y la saca de la disputa ideológica.

De ahí está surgiendo un comunitarismo distinto del anglosajón, que nació como réplica académica al liberalismo de Rawls. Este se apoya en la historia del continente: Medellín y Puebla, las comunidades de base, el cooperativismo, la religiosidad popular que el Papa fue a buscar a Saqsaywaman. Su eje es el bien común, que no equivale a la suma de intereses privados ni a la voluntad del Estado. Es el conjunto de condiciones que permite a cada persona y a cada comunidad desarrollarse. Por eso, en esta tradición, defender a los pueblos amazónicos y defender a la clase obrera argentina forman parte del mismo argumento.

Chile conoce bien esa tradición. Pasa por el padre Hurtado, Manuel Larraín y el cardenal Silva Henríquez, por la Vicaría de la Solidaridad y por miles de organizaciones territoriales que sostuvieron la vida comunitaria cuando el Estado la perseguía. Su repliegue en las últimas décadas, por la crisis de los abusos y por la secularización, dejó un vacío que ningún otro actor ha llenado.

**Lo que nos toca**

El Papa no pasó por Chile, pero lo que dijo nos concierne. Aquí gobierna una derecha que achica el Estado mientras la economía entra en recesión, y la oposición todavía no da con un lenguaje para hablarle a la mayoría que lo está pasando mal. De la gira se pueden sacar algunas pistas. Es posible criticar al poder sin convertir cada desacuerdo en una guerra. El empleo, la vivienda y la pequeña empresa merecen tanta atención como los grandes proyectos. Y una propuesta seria de justicia social tiene que ser fiscal e institucionalmente responsable.

Nada de esto supone clericalizar la política ni esperar que la Iglesia haga el trabajo que nos corresponde. Gramsci entendió que el catolicismo popular forma parte del sentido común de los pueblos y que ningún proyecto emancipador puede ignorarlo. En América Latina eso sigue siendo cierto. La novedad es que ese catolicismo tiene hoy un Papa peruano por adopción que habla con claridad de la desigualdad y que no debe nada a ninguna de las opciones que nos fallaron.

En Las Palmas, León XIV se despidió diciendo que su viaje terminaba y que la misión seguía. Quienes buscamos una salida al neoliberalismo que no repita los errores del populismo tenemos buenas razones para escucharlo.

Para El Maipo Álvaro Ramis Olivos, colaborador de El Maipo. Presidente de Voluntad para Chile.

Nota: El contenido vertido en esta columna de opinión es de exclusiva responsabilidad de sus autore|s, y no refleja necesariamente la línea editorial El Maipo.